

**PREGÓN JUVENIL DE LA SEMANA SANTA DE ALGECIRAS**

**“A SOLAS  
TÚ Y YO,  
MI SEÑOR”**

**Por: D. Manuel Gil Gutiérrez.**

**A fecha de: 27 de Marzo del Año del Señor de 2011.**

**En la Iglesia de San Antonio, Algeciras.**

## A SOLAS TÚ Y YO, MI SEÑOR

Con el permiso de Algeciras...

Es ése que va y que viene, es ése que va llegando, al que custodia una turba, camino de su calvario. Es ése que va y que viene, es ése que va cargando, con ese pesado bulto, que absorbe nuestros pecados. Y es ése que va y que viene, es ése que no lamenta, que por más que pasen los años y que las aguas no continúen abiertas, se enfrenta a la oscuridad, al pulcro de nuestras pasiones para traernos la paz y llevarse las ambiciones. Del que no perdona, del que no redime que en sus largas horas solas, en desconsuelo vive. Ése que promete y ése que no cesa, que una vez pasadas las olas, apacigua tu tormenta, con la que la calma añoras, con la calma que deseas, cuando trae de nuevo, sin reservas, otra deseada primavera. Primavera que te reza, que convierte a tu sonrosado pueblo, en fervor de luna llena, la primera de tu semana, la primera que llega, que sonrío a los fieles con tu grandeza y Buena Nueva.

La Buena Nueva de la Esperanza, de lo lúgubre que se aleja, que a tu llegada y pronta muerte, tu resurrección nos espera. Para advertirnos cómo no, de que tú los males alejas, pero esa vieja lección, por más que pasen los años parece que no se nos queda. No descanses amor mío, no descanses mi Señor, que yo que aún no la he aprendido y soy siervo de tu perdón.

Dame fuerzas Nazareno, dame fuerzas de corazón, para que a tu Columna me ate y sea preso de tu amor. Que a mis Caídas me levantes y me recibas con Palmeras de bendición. Que no yazca sin corona, ni me sujete mi madre, que prefiero morir Maniatado en un barrio con mucho arte. Que Orando también se reza, cuál crucificado en su semblante, que lo importante no es Caerse sino saber Levantarse. Y pasear bien vestido, de Blanco immaculado, para enseñar a los que te seguimos que el amor prevalece y el dolor se esfuma bajo el calor de tu regazo.

Dame permiso mi Señor, dame tus ganas, por las que levantarme y usar mis armas, que no son otras que mi pluma, mi voz y claro está, tu palabra. Desde este atril y voz de entregado pregonero, pido la venia a este pueblo, que es tuyo y es mío, como otras muchas cosas que nos hemos prometido y que sólo tú y yo sabemos, ¿no es verdad acaso mi Señor? Para los dos

quedan nuestros secretos y todo lo que nos dijimos, en tantos y tantos días que pasamos las noches pensando uno en el otro hasta conocer la madrugada. ¡Qué sabe nadie de nuestras cosas!

Pero hoy quiero que abras tus puertas, que abras tu corazón y des la bienvenida a tu pueblo, a tu ejército incansable que nos ponemos a tus pies no sólo al final de la Cuaresma. Abre la veda mi Señor, abre tus sentimientos y dadnos la venia por excelencia más divina, que nos desate las emociones y el baúl de las pasiones, que cada Semana Santa nos despierta.

Que abra la puerta el fiscal, que regocije en su labor el florero, que vuelva la vista atrás y vea de lejos al primer nazareno. El olor a cera quemada, el incienso recién tostado, una cuesta y un olivo, un costero y un romano. Los balcones con sus mantones, que te dan la bienvenida, cuando riegas por sus calles, un manantial de Alegría. Parque María Cristina, parque de viejos poetas, enciende tu candelería y no busques un Buen Fin, lucha por lo que empieza. Cúrate del espanto, de la Soledad y de la tristeza, por mí no derroches Lagrimas Señor, que no creo que las merezca. Saca tus túnicas, engalana tus hábitos, que veo venir de lejos un bello Domingo de Ramos. Algeciras, cristianos, abrid las puertas del alma los hombres de corazón sincero, que entre la pasión y el deseo, ya se divisa de lejos, la llegada triunfante, de ese joven galileo.

## INICIO

Muy buenas:

- Reverendo párroco.
- Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Sagrada Mortaja.
- Dignísimas autoridades.
- Sr. Presidente del Consejo Local de HH. y CC. de Algeciras.
- Hermanos Mayores y miembros de las distintas Juntas de Gobierno de las Hermandades y Cofradías de la ciudad.
- Grupo Joven de la Hermandad de la Sagrada Mortaja.
- Miembros de los grupos jóvenes de las distintas Hermandades.
- Queridos cofrades.
- Señoras y Señores.

Muchísimas gracias a todos por este cálido recibimiento tan alentador para lo que me espera y por supuesto a la Hermandad de la Sagrada Mortaja que tuvo la fe y confianza suficientes de encomendarme esta tarea.

Y muchas gracias también, en especial, a ti amigo Curro, hermano de las tristezas y compañero de las alegrías. Muchas gracias por esas bellas líneas en las que tan poco me reconozco, fruto quizás de tu cariño y de esa venda en los ojos que sólo tienen los que te quieren. Pocas palabras podría dedicarte que expresasen más que un fuerte abrazo entre nosotros. Simplemente, gracias por ser siempre tú.

Gracias a mi familia, mis amigos, a los míos, a mis Rocíos. Gracias a mi gente y a los que no lo son tanto, por sentarse a 180 grados de mí y regalarme una hora de sus vidas para escuchar mi humilde ensayo, que muy poco tendrá de nuevo para todos aquellos que me conozcan y vivan mi amor cofradiero en la cotidianidad de mis días. Desde aquí, pienso en mi madre, siempre en mi madre, en una madre. En mi padre, en ellos. No sé si sois los culpables o benefactores de estar aquí, pero sí de haberme enseñado todo lo que he aprendido o al menos inculcarme a que lo aprendiera. Ojalá pueda yo dar a mis hijos todo el amor recibido por

vosotros, que es sin duda desde dónde nacen todas estas palabras venidas y por venir. También quiero acordarme de uno de los mejores cofrades de esta ciudad, mi amigo Jacinto Muñoz, ya que a modo de cierta premonición, hace menos de un año me dijo: “Manu ya mismo serás tú quién darás los pregones”. Gracias por confiar en mí, te haré más caso a partir de ahora. Y por último, no muy lejos de aquí en el número 3, que siempre me persigno al pasar ante tu puerta.

Y por fin, otra vez tú y yo, otra vez a solas. Otra vez nos encontramos frente a frente y en la soledad de tus pensamientos y los míos, ¡qué bien me conoces! No me atrevía a pensar qué de cosas podría llegar a decirte teniéndote cómo te tengo, cara a cara, mirándome a los ojos ante mí, rapsoda de tu amor. Me has escuchado demasiadas veces y demasiado egoísta he llegado a ser yo de no querer escucharte a ti. Has acudido tantas veces que te pedí que vinieras, que te sentaras a mi vera y me dedicases un guiño. Y yo no he sabido verte, mirarte, ni arroparte. No he sabido vestirme cuando tenías frío, ni alimentarte cuando yacía el hambre.

No me has mal criado, no me has dado todo lo que te pedía porque no sería justo. No has sido un mal padre ni me has mal enseñado. Pero sin embargo, siempre has estado cuando te he rezado ayuda. Estuviera dónde estuviese, dónde me encontrase y pensase en ti, recibías y descolgabas, sin dudar ni titubear un solo instante, mi llamada de necesidad. De hijo que se mete en problemas y busca las faldas del padre para hundir la cabeza y olvidarse del mundo que le rodea, como si por esconder mis temores bajo tu regazo, se desvanecieran todos mis males. Ya se sabe que las madres bajo el delantal ocultan mucho mal. Por buenas, por cariñosas, por no ver la paja en el ojo de sus hijos pero tú: inflexible, impasible, compasivo y a la vez verdadero como la vida misma, siempre estuviste ahí.

Me has dado muchas cosas y me has quitado otras. Nunca te he pedido explicaciones ni para las buenas ni para las malas. Eres Padre y eres justo por serlo. Un padre nunca le quita un juguete a un niño para castigarlo, lo hace para que aprenda a valorar lo que tiene y acepte sus responsabilidades y advenimientos de la vida, así como sus aconteceres a los que deberá resignarse a aceptar y plantar cara, con la fuerza en una mano y contigo en la otra. Hemos estado muy unidos a tiempos y separados a ratos. Siempre me has abierto las alas cuando quise regresar, sin un mal gesto, mala cara,

ni un reproche. No hubo fuego cruzado entre nosotros, sólo caricias y buenos modos como un padre que escucha y perdona todo a sus hijos.

Cierto es que no soy el mismo, soy diferente. Soy más hombre, menos niño y menos crédulo. Pero me has demostrado que no debo decrecer en fe, sino empujarla como si de una bola de nieve se tratase ladera abajo y dejar que más y más me atrape y me envuelva. Debe ser mi compañera de viaje, mi apoyo, mi amiga inseparable que me recuerde quién eres tú, quién soy, de dónde vengo, a dónde voy y porqué debo saber a cada instante que me quieres.

No me pediste nunca una ofrenda o una prueba y aun así, te la di. Acompañado de un grupo de las mejores personas que he conocido en mi vida y de las más importantes, te seguí por tus caminos hasta Santiago y abracé a tu apóstol.

Nunca dudé de ti y eso que me pusiste a prueba y me recompensaste por ello. Hace algún tiempo decidiste que María Luisa y Joaquín, por decir dos vidas cualesquiera pero que por anhelo recuerdo más de lo que nuestro, deberían contemplar la vida de aquí en adelante desde el otro lado del espejo. No lo entendí, no pregunté, intenté comprenderte y hallé tu cariño y benevolencia. Ay Carmela mía, que aunque no me entiendas, seguro que en algún momento romperás este silencio de toros maestranes, con una aportación en tu bello idioma infantil o con ese llanto tan tuyo, que expresa tanta vida, tanta vida nueva.

No te he mentado nunca, como tú no lo has hecho conmigo. Me has hablado y yo te he contestado, como en esta feliz mañana, acompañado de los míos, en la que me creo tener el privilegio de hablarte desde un altavoz tan fuerte, que con todos callados, imagino que sólo vas a escucharme a mí. Pero ¡qué bien me has enseñado! Que no debo creer en eso, sino que siempre estás a disposición de todos, del que te necesita, del que te añora, del que te reclama.

No soy yo quién para merecer tu foco, no soy quién para crearme más que nadie por vestir hoy corbata o hablar en tu nombre de tus advocaciones en mi querida tierra. No soy más que uno sólo, ni tan siquiera unos pocos, cuando existen tantos y tantos que por más que te llamen, creen que no van a ser capaz de encontrarte. No soy yo quién debe disfrutar de tus favores y de tus caprichos de padre al hijo adelantado de la clase, es tu menester

querer y cuidar al del fondo, al que poco se hace notar y necesita más de ti. Al que en silencio y en oscuridad, ninguno de los que estamos aquí damos voz cuando necesitaría tenerla. Por eso quiero que protejas mi Señor, que los protejas.

Protege mi Señor a los que necesitan decir mucho y muy poco se le deja, a los que sufren la cuesta arriba y en silencio penan. Protege mi Señor a los que les tocó vivir en la cara opuesta de la moneda, que sin consuelo vagan sin nadie que les atienda. Protege mi Señor a los que no tienen casa, a los que viven sin brasas, de un calor de hogar que se les niega. Protege mi Señor al que es humilde, al que no presume, por culpa de avarientos el pan entre unos pocos se diluye. Protege mi Señor a los que le vinieron estas lluvias, para que ellos y la Iglesia del Corpus, recuperen lo suyo, su valor y su hermosura. Protege mi Señor a los que quedan sin nadie, a esas familias rotas a las que les falta un estandarte. Protege mi Señor y acuérdate de esa chiquilla que tan pronto quisiste llevarla contigo, para que no se caiga en el desvarío; y su familia encuentre consuelo y apoyo en tu abrigo. Protege mi Señor a los que pasan calamidades, a los últimos en las listas, apiádate como en Chile, con los sepultados en la mina. Ven a ellos y dadles tu amor y perdón, así como las olas que enturbiaron Japón. Y protege mi Señor a tu pueblo, al que con los ojos cerrados se entrega a ti y encomienda a tus destinos, a tu palabra y tu voz. Protege y cuida mi Señor, a los que en su vida les mueve, el dar amor, amor y más amor.

## **MORTAJA**

¡Cómo has cambiado la forma de entenderte en mi pueblo! Eres imponente, eres grande, lo dices todo sin tan siquiera mirarnos. Tus ojos están cerrados, están yaciendo, pero no por ello nos estás ignorando, estás pensando siempre en nosotros. Navegas por tus calles y da casi miedo encontrarse contigo, con tu figura, en una esquina de tu barrio. Muchas cosas se me vienen por la cabeza cuando te veo encarar por San Antonio, de frente, decidido, sin miedo. O me deshago al ver tu sombra dibujada en la pared de cualquier casapuerta de Montereros antes de atajar por Calle Gloria. Te has convertido en el buque insignia, nunca mejor descrito, de la Semana Santa de Algeciras. Te acompaña un séquito a tu vera, como un séquito de altos ciriales que anuncian tu pronta llegada y tu camino, tu inexorable camino que al tercer día tendrá retorno, pero es en principio una ida hacia una muerte sentenciada.

Das dulzura y fuerza al mismo tiempo. Llegas a ser lástima y consuelo también al mismo instante. Despiertas tristeza, como la despierta la llegada de la noche cuando el sol cae decidido a ponerse. Es esa sensación de que algo bueno, muy bueno está por llegar, pero hay que beber un trago amargo para hacerse merecedor de tal recompensa. La salvación. Eres humilde y callado, has sabido ganarte el favor de los tuyos y de los que aún no lo son y poco a poco conquistas, con el asombro y el respeto de tu hacer. No hay un Viernes Santo igual sin ti, desde que apareciste. Pero yo no te veo desde esas distancias, esas cercanías no son las mías, te veo desde más abajo, de una posición de privilegio, te veo desde la rosa que acaricia tu mano.

Suave, muy suave curas sus yagas, eres radiante e inspiras a que poetas pongan nombre a tu estampa. Apareces discreta, como dormida, sobre ti reposa esa mano que sin fuerzas cae rendida. Cuéntame cómo se ve, qué es lo que se avecina, que tu color deslumbrante sea dado por la sangre ya vertida. La sangre del Redentor, la sangre derramada, la que un puñado de los suyos embalsama y amortaja. Acaricias su mano, acaricias su herida y pareces ser desde lejos el último suspiro de vida. La vida que ya no es vida, que camina hacia el sepulcro, envuelto en un sudario, rodeado del tumulto. Quién fuera tus pétalos, quién tu tallo, para cogerle la mano y así poder besarlo, al que ahora descansa, al que no respira, pero que dentro de tres días llenará de Gloria su venida. Trago amargo, claro está, trago amargo te ha germinado, que acompañas y guías al maestro, como un faro en una noche de aciago. Negro luto, silencio y respeto, que la muerte se va sintiendo, a cada paso que llega, a cada paso que se aleja, tú tan viva y el tan muerto, un paisaje de novela. Algeciras se prepara en Viernes Santo, para una ceremonia funesta, cuando ve tu cuerpo tendido, en brazos de la Piedad más serena.

### **SER CRISTIANO HOY**

Creo que no descubro ningún secreto si digo y cuento lo que de muchos oigo y poco me dice. “Los tiempos que corren son difíciles y complicados”, es una premisa que acostumbramos a escuchar día a día. Yo me paro a pensar si realmente lo son o simplemente es un cristiano el que tiene que lidiar con esta vida, este tipo de vida que casi deja a un lado a la Iglesia y a la fe para acoger otras nuevas religiones, de carácter complicado de encuadrar, lejos de la cultura espiritual.

No es fácil acudir a misa de manera cotidiana sin encontrarlas vacías o exentas de jóvenes y caras nuevas que den a seguro que la herencia cristiana que recibimos está más que a buen recaudo bajo llave. Es más, debería inquietarnos. Yo me paro a plantear si no somos nosotros, los cofrades, primeros emisarios de inculcar esta vida con Dios, los que estamos fallando en nuestra labor. No quiero con esto desprestigiar el mundo cofradiero, del que tan orgulloso me siento de pertenecer, simplemente quería dejar en el aire el supuesto de si realmente nosotros somos la víctima o el causante de éste devenir.

He de admitir que es complicado vivir la fe de la manera en la que estamos acostumbrados a dogmatizar, en tiempos donde todo nos induce a lo contrario a dejarlo de lado y a olvidarnos de Él. Hemos vivido un cambio por completo de los roles que se vivían a los que se viven.

En tiempos anteriores estábamos acostumbrados a escuchar aquellas frases, afortunadamente para la sociedad ya olvidadas, como las de “aquél no cree o éste es un ateo”, que de manera despectiva y arrogante, desmerecían a personas que libremente prefieren vivir sus vidas al margen del Señor. El cambio está invertido, claro está, es más bien que hoy debemos sentirnos desde el otro prisma, en las antípodas de las posiciones. Hoy es fácil vernos apuntados con el dedo, entre los estratos más jóvenes de la sociedad y se me ocurre que el sobrenombre que nos pondrían, no sería el de creyentes, sería el de “no ateos”, para que se pudieran entender mejor en la sociedad que participamos. No sé si la también clásica frase de “crisis de fe” hace justicia a estos acontecimientos, pero son sin duda en los pequeños detalles en los que debemos demostrar qué somos y qué sentido tiene lo que hacemos.

Pero no quisiera que esta pequeña reflexión fuese una incriminación o tratase de inculpar a nadie, no es para nada mi intención. Querría hacer un llamamiento a todos los que formamos parte de esta iglesia y dejar a pensar que nosotros sí podemos cambiarlo. Está en nuestras manos hacer que la fe y la esperanza en Jesús no queden como algo obsoleto, pasado de moda si quieren llamarlo así. Podemos verlo en Navidad. Podemos apreciar que se convierte en una simple tradición de cada año que va acompañada de regalos y comidas de empresa. O vivir esa otra Navidad del nacimiento del Señor, la adoración de los reyes. Vemos con asiduidad en los balcones, tapices con la imagen del niño Jesús, que dan a ver, que sí creemos en él y lo vivimos de manera abierta, orgullosos de ello. Pero debemos demostrar el orgullo no sólo en esos momentos sino en todos los aspectos de la vida.

Se me viene a la mente un caso muy particular, que muy poco viene a decir aquí pero es a una escala minúscula, un buen ejemplo de la sociedad a la que nos dirigimos, que camina muy deprisa y que muy poco tiempo deja para pensar en los demás. Amar al prójimo como a uno mismo es el principal mensaje, no ignorarlo y prestar cuenta sólo a nuestra conveniencia no va con nuestra iglesia. Caminaba no hace mucho por mi “tierra de acogida” como me gusta llamarla, Sevilla, en dirección a la Facultad de

Periodismo. Cuando al llegar a la parada de autobús de Resolana con Macarena, fui testigo de una imagen que muy poco me vino a decir al instante pero que tiempo después, reflexionando sobre ella me hizo recordar tiempos pasados. Pero a lo que íbamos.

Las tres o cuatro paradas de autobús que allí se sitúan, se encontraban atestadas de personas, entre todas las líneas que allí se unen, cruzan y entrelazan, dan pie a muchas aglomeraciones de personas que están esperando su momento para subir al urbano que les lleve a su destino. Normalmente hacen de manera cordial cola a la espera de ese momento, como viene a suceder en casi todas las grandes ciudades. Precisamente aquella tarde había más personas que ningún otro día que yo recordase o que desde aquél día volviese a ver. Unas hablando, otras fumando y otras simplemente mirando el reloj o dejando pasar los minutos. Cuando dos chicas, la mayor de ellas podría tener unos 7 años y la menor un par menos. Vinieron a llamar la atención de todos los presentes por sus alegres juegos y risas tan reconocibles entre el ruido urbano, mientras montaban en bicicletas por el lugar.

Llegado el momento, en uno de los lances por la amplia explanada que precede el Parlamento Andaluz, una de las chicas, la mayor, al intentar evitar chocar con su hermana, hace un giro brusco y cae al suelo, saliendo despedida de la bicicleta, con la mala fortuna de que la propia bicicleta le vino a caer encima. Una caída más de las muchas que podemos ver en niños de esa edad, con la característica de que esta vez, la hermana pequeña no disponía de la fuerza o maña suficiente para poder levantar a su hermana, que a gritos y alaridos, reflejaba el dolor de la caída.

Cuál es mi sorpresa, cuando en una parcela que podría reunir más de 30 ó 40 personas en ese instante, ninguna se desvinculó de la cola que ocupaban para tender ayuda a la pequeña. No sé si sería desgana o el miedo a perder un par de escalafones en la cola del autobús, pero no salió de nadie ir a socorrer a la pequeña. Eso sí, todos miraban atónitos sin perder detalle alguno de la escena. Afortunadamente, la chica pudo sobreponerse y continuó con su alegre travesía en bicicleta, gracias a un casual quiosquero que se prestó a ayudarla.

No es más que una mera coincidencia o el simple reflejo de que cada vez los cristianos dejamos de serlo o lo somos menos, o simplemente lo somos

de la manera que nos apetece serlo. Es una pequeña escena de algo que podemos ver en cualquier sitio a cualquiera hora, pero no deja de pensar mi cabeza, que son los intereses propios, ese egoísmo por nuestro propio beneficio lo que aleja de nuestras vidas, el pensar en los demás, ser solidarios, compartir lo que tenemos y prestar ayuda en todo lo que dispongamos como el mejor de nuestros atributos como persona.

Yo no presumo de tener las gafas de la bondad, de sólo ver lo que me conviene, lo bueno y de lo bueno lo mejor. También debemos cuidarnos de nuestros actos e intentar crecer como personas y como cristianos. Llevarnos a la pregunta de si nosotros hubiésemos sido los que miraban o el quiosquero que viendo que nadie hacía nada dejó su trabajo por atenderla.

En muchas de las ocasiones nuestro peor enemigo llegamos a ser nosotros mismos, que nos dejamos ir a peor sin poner remedio, sin encauzar nuestras vidas. Si a mí me tocase ser Caín, qué haría, cuál sería mi sino. Por eso Señor, te escogemos a ti siempre. Te elegimos a ti como abanderado del amor y del perdón. Si la vida nos llenase nuestras alforjas de pecado, danos tú el agua que beber y la luz con la que guiar el camino que debemos de seguir.

## **COLUMNA**

No quisiera ser juez y parte, más lejos de mis intenciones, de las luces y sombras de la Semana Santa algecireña, pero como en casi todo en la vida siempre ha de haber diferentes colores para que se forme un arco iris completo y radiante. Ni un color es por sí sólo más hermoso que otro, como menos importante en su composición el otro que el uno. Todos y cada uno de ellos son necesarios para el esbozo de su mosaico, de esa vidriera de color. En las cofradías viene a pasar a medias distancias lo mismo, mira tú lo curioso de los caminos del Señor. Hubo una vez cierta persona que me comentó que existían las cofradías de orgullo y el orgullo de cofradías. No seré yo quien le dé la razón a tal aventurada premisa pero sí me siento orgulloso de pertenecer a cofradías y a destacar tengo, que es más culpa de ellos, por su trabajo y esfuerzo, que por previo interés mío. Quizás sea verdad, dicho sea de paso, que la casa de uno no suele estar en su cuna, está en la que considere su hogar y le hagan sentir miembro de una familia, como ya dije en cierta ocasión que tuve el privilegio de poder

agradecérselo. También es cierto, que siempre hay un rayo del sol, que brilla más que el resto. Que da más luz y sentimos más cercano y caluroso. Más si cabe cuando hay alguien mirando al cielo con tanto anhelo, que aún cubierto de un blanco palio, busca día a día ese algo en el firmamento.

Te notaba algo inquieta, te notaba como extraña, como si no adivinases que ocurría en tus entrañas. Te noté diferente, pero no por ello menos guapa, como en otras muchas veces que me has brindado el broche y embrujo de tus miradas. No sé si sería el ambiente, una cabeza alborotada, debían de ser los nervios de una noche desvelada. Tú tan radiante, delicada y preparada o quizás esa suave brisa que traen los aires de la mañana. ¡Y qué mañana madre mía, qué paseo tan formidable! Acompañada de los tuyos, desde la Capillita hasta el parque. Regalaste tus pasiones, regalaste tus amores, que pena de Lunes Santo, que muriese en sus albores. Si cayeron esas gotas desde lo alto del cielo, debieron ser tus Lagrimas Señora, que no encontraron ningún consuelo. Pierde cuidado por tu hijo, que le sobraron mimos y celo, nunca camina sólo, lo arropan treinta amigos costaleros. Con ese tenaz vaivén y lo sutil de ese siseo, navegan con su paso, una cuadrilla que marca fuerte en el izquierdo. ¡A toda vela, marinero! Que dulzura de velero, que lo traen y que lo llevan, de un costero a otro costero. Paso atrás y vista al frente que no se haga de rogar una cuadrilla que presume de valiente. Porque vienes tú detrás, ¡ay Dios mío, cómo vienes! Que con ese dulce caminar parece que no te mueves. ¡Qué hermoso tu caminar, que te envuelve y te arrulla! Debe ser buen capataz, a ese que no se le escucha. Bellos son tus ojos, bellas tus mejillas, bellas son tus manos y más bella tu sonrisa. Esa que se dibuja, cuando cae el manto de la noche, no cualquiera, la del lunes, entre Campanilleros y Azotes. La de tu candelería, la de un mar de flores sin orilla, la de un viento de levante que acaricia bambalinas. Mira al cielo Lagrimas, mira al cielo Madre mía, que ese rayo de sol, el que más fuerte brilla, está buscando tu mirada, estar contigo en sintonía. Que es un ruego, una plegaría, una triste melodía, un clamor en tu regazo, de tus hijos y tus hijas. Mira al cielo Lágrimas y tiende tu mano a Algeciras, que se encomienda cada lunes, a tu bendita cofradía.

## MEDINACELI

Se daban cita más o menos a media tarde. Como cada año hace ya más de unas cuantas décadas para coger un buen sitio con sus sillas, anteriormente de enea, hoy de plástico blancas, en la calle de los guardas para esperar su llegada. Ha cambiado todo mucho.

El paso del tiempo ha hecho mella en ellas como en casi todas las cosas que antes rodeaban el paisaje, hoy tan distinto, tan cambiado pero que aún conserva ese viejo aroma lleno de recuerdos para ellas. Ese olor a naranjo, piedra y a casas encaladas, engalanadas para tan digna ocasión. Ellas también han variado en sus rasgos, su altura ha menguado y sus esperanzas y sueños: algunos cumplidos, otros en proceso y otros tantos por venir. Como esa bendita llegada de un futuro nieto, con el que dentro de unos meses pisará la capilla y presentará, como ella hizo con sus dos hijas y como con ella y sus hermanos hiciese su madre.

Rosario y Mercedes eran compañeras inseparables desde hace casi medio siglo aquel día del año para ver lo que veían casi todos los días. Lo tenían para ellas cada vez que quisieran pero no con ello era suficiente. Aquél día y todos los señalados como iguales, despertaban los mismos nervios e inquietudes que ya lo hacían cuando sólo eran unas niñas. Mismos protagonistas, mismo enclave, pero siempre fluye el tiempo y las emociones.

Rosario sonrió con entusiasmo a Mercedes, aunque con el rostro algo contrariado, delataba con la mirada que no todo estaba aconteciendo como ella bien esperaba. “No me gusta como pinta el tiempo, si cambia a poniente se podría complicar la cosa, como pasó hace ya algunos años”, advirtió Rosario que siempre solía ser la más trágica y la más impaciente de las dos, de ahí nacía todo lo que le tenía que contar y dar gracias, por su pequeño aviso de salud.

“Todos los años te pones igual mujer, tranquila, que Él no va a permitir que eso pase”, la tranquilizó Mercedes, más sosegada aunque con la misma inquietud interior. Suena el cerrojo y se abren las puertas unas horas más tardes. Todo el bullicio y ventolera de capas de la que ha sido testigo la plaza instantes antes, se colma de tranquilidad y de silencio al ver aparecer la cruz de guía por la esquina.

“Mercedes quieres hacer el favor de sentarte ya y dejar de hablar, que ya se ven los primeros penitentes. ¿Los de las capas rojas quiénes eran o ya van mezclados porque desde aquí veo uno de verde?”. “Te quieres tranquilizar todavía tienen que esperar a que salga el Señor y van a estar parados un buen rato, parece que nunca has visto la procesión”, intentaba de apaciguar Mercedes los ánimos de Rosario.

Las dos se contaban al oído todas las pequeñas cosas en las que la vida les había sonreído y por las que agradecer a su paso, así como otras tantas por las que rogar y que aún se les escapa de sus manos, cada vez menos hábiles, cada vez más encomendadas a Él. De repente una legión de nazarenos con capas rojas como insignias de penitencia comenzaron a pasar delante de ellas creando en el ambiente ese clima mágico de una de las noches más intensas del año.

“¡Qué bonito de aquel año que dejaron de sacar a los santos los porteadores del puerto y los sacaron los muchachos del barrio! ¿Te acuerdas Mercedes?”. “Pues claro, pero calla ya mujer, todos los años la misma cantinela ya poco debe quedar para que llegue. Lo que no me he enterado yo es de si este año les vuelve a tocar la banda de los chavales de aquí o será de fuera”, apuntilló Mercedes, cada vez más nerviosa por la venida del momento. Toda la mañana se la había pasado dando vueltas, inquieta y por supuesto, había llevado a la capilla ese ramo de claveles rojos que nunca faltaba por su parte. Pasado el cortejo, Mercedes y Rosario se ponen de pie, sabiendo que no será por poco tiempo y que las piernas más pronto que tarde protestarán, pero siempre con esa fe que siempre le tuvieron y que le lloraron al verlo pasar delante de ellas, desde niñas.

No es tu rostro lo primero que adivino, te veo venir de lejos y ya siento escalofríos. Te delatan tus luceros, tus cuatro faroles encendidos, que anuncian tu llegada, que dan luz a tu camino. Tu camino hacia al Calvario, seguido por la muchedumbre de gente, pero siempre estás tú solo, sólo en tu monte de claveles. Que no te canten saetas, que no te suene una marcha, que es el silencio del perdón, lo que a tus labios amordaza. Yo me cambiaría por tí mi Señor, yo amarraría mis manos, para librarte de ese peso, de ese juicio sentenciado. Vas caminando sólo, pensando entre tanta gente, que ya se ve en tu mirada, que no hay vuelta atrás en tu muerte. Eres el que ilumina mi vida, compañía de mis noches en desvelo, que hasta se me ha olvidado tu nombre de tanto llamarte Moreno. Eres mi fe mi Señor, es mi mirada hacia ti, lo que calma mis demonios y un angosto porvenir. Tú sabes Señor mío, que esa corona de Reo, que en tu frente te hace fuego, espina a espina, dedo a dedo. Te aliviaría con mis manos, tu mal venir de sufrimiento. Y si tú me lo pidieses, qué estaría dispuesto a dar, me entregaría en tu nombre mi Señor, yo sería un buen Barrabás. Señor de un barrio, de tez morena en su semblante, cuida mi familia y mi pueblo, que yo prometo ante tu cielo, ni un solo Martes fallarte.

### **REPASO A COFRADES Y SEMANA SANTA ALGECIRAS**

¿Somos los cofrades de Algeciras una especie en extinción o una especie de exclusión? A menudo suelo oír comentarios de este tipo a personas más o menos a fin a la Semana Santa pero que no toman parte de manera activa en ella. Comentarios que aluden a los miembros de las cofradías como grupos cerrados u organismos corporativos de los que muy poco se sabe de sus interioridades y aparecen completamente blindados para las personas de fuera.

También escucho a menudo de eso de que “siempre son los mismos” o llevan tantos años en ciertas hermandades. Yo me pregunto que si estas personas no lo hiciesen, quién lo haría. Estoy muy seguro que muchas de ellas se ven en la obligación de hacerlo porque realmente no hay nadie dispuesto a sacrificar tantas cosas de su vida personal como estos miembros hacen, por estar ligados a las cofradías los 364 días restantes del año que no son el de salida.

Hay un bonito dicho de los miembros de la Real Academia Francesa de la Lengua, que por respeto a todos los presentes no citaré en francés. Pero en su traducción viene a significar algo así: “Cuando nosotros somos cuarenta, todo el mundo nos desprecia; pero cuando somos treinta y nueve, todo el mundo nos obsequia”. Con esto no quiero decir otra cosa que muchas veces se abusa de la palabra antes que de la acción. Porque muchos de esos que hablan por hablar de ámbitos cerrados en las cofradías, de la noche al día cambiarían su opinión si se les entregase un vara o un cargo de una hermandad cualquiera. Es más, no he conocido aún a ninguna cofradía que se niegue a dar cabida a dos manos que venga dispuestas a colaborar. Todo lo contrario, se agradece. Aunque no estaría nada mal que no sólo hubiese “cofrades de caché”, mas nos valdría disponer de un “caché de cofrades” en nuestra ciudad. En fin, cosas de aquí.

Me han dicho, que el Señor viene a mostrarse en Algeciras más de lo que apreciamos a simple vista, pero que a menudo no lo encontramos porque no sabemos buscarlo bien. Los Jueves Santos aparece por San José Artesano, cerca de la Cuesta el Rayo a la vuelta de una cofradía que deja sello y su estampaba en el esfuerzo de su regreso, tan sólo acompañado de los suyos. Buen sitio para ver pasar y creer en la Trinidad. Trinidad que me recuerda un bonito dicho de Antonio Machado: “A menudo el necio, suele confundir valor y precio”. Por allí, no tienes desprecio.

Como no lo tiene verte pasear muerto, colgado en la cruz, esa imagen que te envuelve y te invita a ser tú. Me enloqueces por la Calle Tarifa. Dame limosna de amores, Dolores, Dolores, dámela en la Caridad. Que es un manto de vencejo y el guardián de tus secretos, un San Juan de estilo añejo. Buen paseo y Buena Muerte, Calle Tarifa es su rincón. La Columna por Buen Aire. Allí se aparece Dios. Cuando ese hombre piadoso, por dos romanos fustigado, sube con estilo y gracejo, hacia el Gólgota de un barrio. Ver tu blanco palio subir Buen Aire, es como tener fe sin verlo, una goleta surcando entre adoquines en el suelo. La Mortaja, por cualquier sitio, tu estampa y tu empaque, llenan mis sensaciones en cualquier esquina y en cualquier instante. A mí que las Alegrías me suenan por Salesianos, por María Auxiliadora, de vuelta ya de noche, de vuelta ya a deshora. Dando izquierdos y cangrejos, una burra y un Salvador, allí me vuelvo a citar el Domingo de Resurrección.

Y si quieren ver cómo pena un Moreno, preso y maniatado, San Antonio es su esquina, vean cómo sube hacia el Calvario. Seguido de su Madre Esperanza, que a su paso navegando, va recogiendo las migas que su hijo ha ido dejando. De ese que ora y reza callado, para que le pongan un huerto, cerca de la Cuesta del Rayo. Buen sitio, para ver como se mueve un paso lleno de hermanos. Como un joven castigado, un joven Cristo crucificado. Y me quedo con esa estampa de los tres grandes Señores de la Palma. De mi camino cuando marchó con una hermandad, llegar peregrinando y postrarme ante su altar. Santo Entierro, Nazareno y Silencio, me inclino ante vosotros y me quedo con tu pueblo, en tu plaza recogido, esperando a los Señores de la Palma, a su paso, a su entierro y a su sino.

Eres tú Señor, que estás en todas partes, que negarte con mi rechazo, es como intentar olvidarte. Dejarte fuera, quitarte el habla, sería como pretender con un cuchillo hacer una brecha en el agua. Por ello, me entrego a ti, a tus manos, tu bendición, que el amor que te proceso, que nace del corazón, sólo tiene comparación, con el de mi madre y su pasión.

**He dicho.**